

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

DESAFÍO DE LATIDOS (SIN MIRAR HACIA ATRÁS)

Se despertó por la mañana, una hora después de lo que debería haberse despertado, y supo que ya nada le importaba.

Y por última vez en la vida, se tuvo lástima.

Se lanzó al resto del día del girar sin sentido y sin saber qué hacer.

“Cuando se miraron a los ojos, supieron que se correspondían desde siempre”, escribió en alguna parte del disco duro de su computadora. Lo miró, no se emocionó, pero se preocupó por haber perdido el sentido de sus escritos.

- Un cuento para ella, contado de forma dulce, pura. Un cuento donde no haya ni un gramo de dolor, y que cada tropiezo de la pareja protagonista sea algo bello para aprender. – se dijo, y creyó decir a la multitud de neuronas que escuchaban y aprendían más de sí mismo.

Pero nada nuevo iba a pasar. Porque se había acabado, circulando aquel sendero invisible, pero tan real como el rostro de un depresivo.

Cuando el timbre sonó y se encontró frente a su amigo de siempre pero de nunca jamás, de inmediato surgió la última idea para llevar adelante en su Tammerlane personal: un desafío de latidos.

- Y eso?! – preguntó Alejandro, en el marco de una sonrisa burlona.

- Acelerar nuestros sentidos, despertar miedos, sufrir, agitarnos, estallar en adrenalina... Solamente para poder sentirnos despiertos, bajo estas carnes y estos huesos...

- Todo eso me suena a homosexual!

- De todas formas lo vas a hacer. Porque te lo ordeno! – y se convirtió en una inmensa bestia peluda. – Y porque tengo lo que necesitamos.

Así que nuevamente se despertó en su cama, se puso de pie, abrió la puerta, recibió a su amigo, y ambos consumieron la droga de siempre, sensibilizando los sentidos muertos.

- Estás listo? – le preguntó.

- Vamos. – respondió Alejandro, ya en sonrisas. – Pero qué es lo que tenemos que hacer?

El protagonista corrió hasta la mesada, abrió el primer cajón, y tomó dos cuchillos de cocina. Regresó a su amigo, y le contó lo siguiente:

- La cuestión es salir a la calle con los cuchillos en los bolsillos. La idea es resistir el temor de cruzarnos con la policía y que nos pida documentos.

- Entiendo.

- Una vez que hayamos superado el desafío de la caminata, y nada malo haya pasado, vamos a llegar al garaje donde guardo el auto. Vamos a subir, e ir a dar una vuelta por Tammerlane...

- ... también con los cuchillos?

- Por supuesto.

- Y después de pasear lo que sea?

- Ver qué pasa. En algún momento vamos a tener que descubrir si es que estamos vivos.

- Pero estamos vivos.

- Eso es lo que creés! Pero soy de los que creen que no existe nada, que nada tiene sentido, nada es real... Tammerlane, vos, yo, todo es una maldita ficción, dura, demente, surrealista... Cómo me doy cuenta? Bueno, a medida que choco con cada paredón de esta anécdota llamada vida!

En el listado de paredones, el amor figuraba primero.

Alejandro y él, se miraron.

- Vamos. – dijeron a coro, con los cuchillos en sus respectivos bolsillos.

Una vez que abrieron la puerta, una ráfaga de aire entró a la casa, y con ella, la primera sensación. La misma había atacado desde la frente para expandirse por todo el resto de la cabeza, y desaparecer en los remolinos de pelos.

Alejandro casi se atrevió a comentar la sensación, pero prefirió callarse. No quería andar regalando imágenes que bien podrían servirle para sí mismo, por siempre.

Y con los pies en las baldosas, la vereda, las calles, la noche, y el andar silencioso por el camino del vacío existencial, rumbo al supuesto destello, allá lejos, al fondo del espejo.

Entonces, el protagonista sintió miedo por lo que podría pasarle si la policía descubría sus cuchillos. Gracias a esto, activó pues, la memoria.

- *Pasado Dolor, iniciando... Neuronas alerta.*

- *Entendido.*

- *Pasado Dolor, listo. Sistema de visualización en espera.*

- *Pedido recibido.*

- *Proyectar imagen. Añadir música, preferentemente de la época.*

- *Recuerdo en pantalla.*

- *Pasado Dolor 1. Ya!*

Volvieron de la fiesta, el y ella (más hermosa que nunca). Estaban bien vestidos (pero ella estaba perfecta, con aquel vestido y aquella carne en figura trazada bajo la tela negra). Llegaron hasta el comedor, dejaron sobre la mesa las pertenencias de los bolsillos, y se miraron por un instante (los ojos de ella brillaban sobre el verde de sus córneas)

Eran bellos (ella más), y eso los devoró. La llama, la pasión o lo que fuese, tuvo un sentido, y los llevó a explotar.

Se lanzó sobre su chica, a la carne de sus labios, la besó, la comió, la devoró, acarició sus cabellos, le dibujó la cara con su tacto, la arrinconó. Ella se dejó vencer, y se sometió con el mayor de los calores, mientras devoraba y devoraba la boca de su chico. La ropa, la carne, los pechos como manzanas, su ombligo, su cintura, aquella hermosa vulva, el devorarse, el sexo...

La penetración, y para cuando acabaron juntos, el aullido rompiendo la noche, y los ojos que se cruzaron en el misterio de aquella escena que jamás dejaría de existir.

Irónicamente, el tiempo terminaría por quitarle todo el sentido a aquellas imágenes (quizás por irrepetibles).

- Como vas? – le preguntó Alejandro.

- Bien. – pestañeó.

- Esto me está gustando. Estoy enfermado con muchas cosas...

Mentalmente. Al principio me pareció una pelotudez.

- ... - y estaba por decirle algo a su amigo, cuando...

- *Pasado 2. Ya!*

Abrieron la puerta de la casa y entraron con desenfreno. La mano del protagonista tomó el cuello de la siguiente mujer.

- Me gustás mucho. – le dijo, recio y seductor.

- Vos también. – le respondió ella, con sus rizos colgando hasta la espalda. Los ojos negros le brillaban en el resplandor de la oscuridad.

Una serpiente se deslizó por el techo, y el joven le abrió la camisa para lanzarse a su carne. Los botones repiquetearon por el comedor.

Aquel sonido, como todo el resto, hizo una cosquilla en cierto oído del alma, picó, molestó, y como todo, desapareció...

- Las sensaciones parecen volver. Pero se van. Justo cuando consigo el momento, se van... – le explicó el protagonista a Alejandro.

- Quizás sea porque las tenés sumergidas en los recuerdos del “dolor”.

- Dolor?... - se preguntó, frotando su pulgar sobre el filo del cuchillo que guarecía en su bolsillo.

- *Pasado Dolor 3. Ya!*

La miró a los ojos rojos de marihuana, y la besó en los labios. Era invierno, era la esquina céntrica más concurrida de Tammerlane, era la noche perfecta, era su mejor chica (después de las anteriores mejores), y por desgracia era el pasado.

- Nooo! – gritó de un grotesco alarido, cayendo de rodillas a la vereda, rogando al Cielo.

Alejandro giró su cabeza. No podía estar pasando. No! Su amigo, ahí tirado, llamando la atención de todos. Se lanzó a levantarlo.

- Va a venir la policía, pelotudo! Acordate lo de los cuchillos!

- Me importan tres carajos los cuchillos! – atacó a los gritos, y prosiguió - Acabo de darme cuenta que siquiera puedo quedarme con la sensación de un beso! Todo en mí se está muriendo! Todo! El pasado se hace cada vez más lejano... y doloroso.

Se puso de pie, hincó sus dedos en el pecho, separó las carnes, y abrió la caja torácica. Entre la poca sangre, descubrió que su alma no colgaba de una percha. Alrededor de ella, unas polillas revoloteaban devorando del grisáceo trapo.

Alejandro no pudo más, y se dobló en dos. Con la cabeza a gachas, estalló en una tos hueca que duró un instante. Enseguida, gruñó como un perro:

- Estoy re-loco-dado-vuelta!

El protagonista se asustó, cerró su pecho, y lanzó a atender a su amigo.

- Te sentís bien?

- Esta droga es perfecta! Es mortal! – y alzó su ojos a los de su amigo, e inyectados en reflejos de la calle y sangre de venas hinchadas, remató en completa demencia. – Robemos un puto auto!

Giraron en sí mismos como tornados, y se convirtieron en los queridos personajes de la Televisión de Tammerlane: El Pato Baratucci y El Lupo.

Cuando se supieron dibujos animados, el protagonista, es decir El Pato, saltó a la calle para correr desesperadamente al encuentro de un auto sin llave. Detrás lo seguía El Lupo, aquel joven lobisón, homofóbico, extremo e inseguro.

- Tenemos que conseguir la plata! Cueste lo que cueste! – dijo Baratucci.

- Lo lograremos, amigo Pato! – y ambos saltaron al aire para chocar las palmas de sus manos.

Cuando las patas del Pato tocaron la vereda, éste sintió un fuerte dolor en la columna. Le rememoró la golpiza de su esposa la Osa, y cayó al piso a retorcerse de la angustia.

- No, no te deprimas ahora!

- Hola! – dijo con su voz rasposa, el envidioso y diabólico Sapo Croata, interrumpiendo la escena. – Veo que tuvo otro de sus ataques depresivos. – se relamió – Conozco un método para que se levante.

- Cuál es?! – preguntó el Lupo, desesperado.

- Disfrutar el show! – dijo Croata, y de la nada (y como en todo buen dibujo animado) sacó una reposera y una bebida refrescante, y se sentó a adorar el dolor en el pobre diablo ajeno.

El Lupo se obnubiló ante el remate, y cuando se miró sus manos, se las vio como las de Alejandro. Cuando se volteó a las lejanas calles, descubrió que todo dejaba de ser un dibujo para volver a ser la maldita realidad de siempre.

Allá lejos, una gran explosión. Una de esas fábricas que usan para derrumbar en las películas.

Pero no. La explosión fue grande. Tan grande que su bola de fuego creció y comenzó a desparramarse por las calles, como olas.

Ambos amigos advirtieron el peligro acechante. El brazo elastizado del protagonista, un auto, las llaves, el motor, el acelerador, y salieron arando por las calles de Tammerlane.

Giró en la primera esquina y cuando tomó la recta por la avenida, descansó su ritmo cardíaco, mirando a un lado.

- Ahora tenés tu oportunidad de correr! – le dijo el hombre de cabellos grises, misteriosamente aparecido en lugar de su amigo.

Un alarido, una bola de carne, el impacto, capó, parabrisas, techo, la bola de carne cayendo a un lado.

Pisó el freno.

- Matamos a alguien. – dijo Alejandro, hipnotizado por las rajaduras del parabrisas, delineadas en sangre.

El protagonista volvió en sí de un sobresalto, y enseguida se bajó del auto. Alejandro, se quedó aferrado al volante.

- Esto de los cuchillos fue demasiado lejos. Aparte, esto no es... normal. – dijo jadeando, dando vuelta alrededor del coche – Quién me mandó a manejar?! – y lloriqueó. – Por qué mierda?!... – y miró a su amigo, a través de la ventanilla empañada de sudor: - Vos te acordás del Pato? Te acordás del Pato?! Decime!

- Qué Pato? – preguntó Alejandro.

- El Pato! El de los dibujos animados, te digo! El que se deprime, tiene una vida de mierda y todo le va para el culo!!!... - pausa y entonces recordó que estaba drogado. – Por eso El Pato! – se dijo, y regresó a la realidad, de un alarido. – Nooo! Maté a una persona!

Comenzó a correr hacia la nada.

De pronto se dio cuenta, y descubrió que estaba en el medio de una ruta, con campo alrededor, la noche y millones de estrellas. El horizonte estaba desaparecido.

Bajó la velocidad. Dejó de correr. Caminó. Se detuvo.

- Bienvenido a Pastorcito Chirombino. 3 Kilómetros. – leyó de un cartel, al costado de la ruta.

El protagonista giró sobre sí mismo. Y fue ahí, cuando se dio cuenta, que había traspasado los límites de la locura. Más allá de todas las realidades y surrealismos, algo que nunca podría pasar era lo estaba pasando: una ciudad o pueblo dentro del Pueblo de Tammerlane.

Estaban en Tammerlane?

El joven corrió el auto, abrió la puerta y sacó a su amigo tironeándolo de la camisa.

- Salimos de Tammerlane?!

- No creo que sea para tanto. De Tammerlane no se puede salir!

- Y cómo sabés que no se puede salir?

- Porque nunca nadie salió... - y se puso dubitativo. – ... por lo que todos dicen.

- Y cómo explicás éste cartel? – le señaló, llegando al lugar.

- Sencillo: hay una ciudad o pueblo en Tammerlane que pocos conocen.

- Pero, en Tammerlane, cualquier parte, lleva el nombre su nombre, o su abreviatura o un prefijo que remita a él.

Una gran pantalla descendió del Cielo, y en ella comenzó un film, donde un hombre, parado ante la cámara, vestido de doctor y con lentes, recitaba lo siguiente:

- Tammerlane es un Pueblo sin origen, pero con una historia tan rica como la de todo el Universo. Tammerlane tiene calles, negocios y barrios con el nombre de Tammerlane o derivados, junto a un número o código que lo distinga. Tammerlane es un Pueblo, pero una Ciudad, pero un Barrio. Tammerlane es el Planeta Tierra, o parte de él, o flota en el espacio, o es una plaqueta de computadora, o una mancha de mugre debajo de la mesada, o el hormiguero de la pecera del comedor de Dios, o el video juego de un extraterrestre perverso, o la Matrix de la película... ejem... Tammerlane no tiene salida, porque su salida queda lejos, y después de ello... qué importa lo que haya? Tammerlane es el Universo en el que te criaste y del que jamás podrás salir.

Cierre de transmisión y la pantalla regresó a los cielos de donde había venido.

Protagonista y amigo se miraron.

- No entendí bien lo de "la salida". – dijo Alejandro.

- No creo que no la haya. – y protagonista meditó – Alguna vez escuchaste hablar que todo principio tiene un fin?

- Nunca.

- Exacto! – exclamó el muchacho, dándose una palmada en la cabeza – No la conocías porque no te la enseñaron... Hay ciertas cosas que están tapando.

- Qué cosas?

- Como que no sepamos lo de "la salida". Si la gente pudiera salir de Tammerlane, Tammerlane se vendría abajo. Sería el Apocalipsis del Gobierno. A quién van a tener para que les pague los impuestos?!

- Pero, no pensaste que la gente de afuera también se puede venir para acá? Se podría construir hoteles, atracciones, y crear un mercado de Turismo.

- Tammerlane es demente, bizarro, extremo, surrealista, fantástico. Nadie en su sano juicio podría gastar algo de su plata en venir acá. Lo único que puede ofrecer es un universo de gente podrida, retorcida... historias como la nuestra...

Un crujido. Unas pisadas. El sonido del pasto pisoteado. Un par de botas. Una antorcha, una camisa a cuadros, un sombrero.

- Buenas noches. – dijo el barbudo hombre de campo. – Qué fue lo que les pasó? De la casa oímos una frenada.

- Tuvimos un accidente.

- Algún herido? Hay alguien en el auto?

- No, no! – atajó asustado, Alejandro. – No pasó nada. Solamente se quedó dormido. – y se volteó al lugar del accidente. El protagonista también. Fue ahí cuando descubrieron que nunca habían buscado el cuerpo, pero que tampoco existía ninguno, por lo menos a simple vista.

- Tengan cuidado. Hace muchos años, hubo un accidente en el mismo lugar donde tienen estacionado el coche. Arrollaron a un joven pastor que iba venía a pie a darle la extremaunción a mi padre.

Protagonista y amigo se miraron, intrigados, aunque obviamente anonadados. La perplejidad los había posado en el terreno de la duda, de lo fantástico: y si ellos habían sido los culp...?

No, no. Imposible. Aunque, se trataba de Tammerlane, no?

- Lo milagroso de esa noche fue... - continuó el campesino. - ... que en el mismo instante que el Pastorcito Juan Chirombino murió, mi padre se curó de su enfermedad y vivió veinte años más... los suficientes como para fundar "Pastorcito Chirombino". – y señaló al grandioso cartel. - Visitaron el lugar? Hay muy buenas fábricas de chocolate y queso de cabra!

- Lo mejor sería salir de acá. – sencillamente dijo Alejandro al protagonista. Y ambos estallaron en una risa de humos.

- Esto está pasando?

- La verdad, no entiendo nada. Te diste cuenta lo que acaba de pasar?

- Pisamos al tipo que con su muerte creó este... lugar.

La puerta de lejano rancho sonó.

Protagonista y amigo se miraron. De la ruta, fueron a parar al comedor de una casa completamente precaria, construida de tablas renegridas.

La tierra, la mugre, los bichos muertos y los bichos vivos, el olor, la iluminación... todo era terrible.

Y en el medio de la mesa de madera astillada, aterrizó la bolsa transparente, la gran e inmensa bolsa, rellena de crema, mayonesa, grasa amarillenta, vísceras de aves y pequeños tumorcillos.

Una mano huesuda y manchada, la mano de un niño pobre, se prendió de uno de los costados de la bolsa, éstas se rompió y el contenido se desparramó como líquido por la mesa. Los comensales, una familia también sucia, huesuda y pobre, se lanzaron a lamer las proteínas del día.

- Alguna vez oíste hablar de la Neo Literatura? – preguntó Alejandro, en la ruta nuevamente.

- No.

- Creo que estamos en una de esas historias... - pausa – Como te decía: podemos salir de acá, no?

- No hace falta. Este tipo es amable. – dijo el protagonista, y señaló al esqueleto del hombre de campo, aún vestido con sus tiradores y camisa a cuadros.

- De alguna forma rompimos una puta barrera del tiempo y pisamos al Pastorcito ése. Hay que volar antes que se den cuenta.

El protagonista giró sobre sí mismo, para clavar sus ojos vacíos en los de su ansioso amigo.

- Estamos drogados. No te acordás? – le recordó con un tono mortuario. –...Y cuando estamos drogados, todo está bien.

Segundos después, estaban en el coche, con Alejandro al volante, yendo ambos hacia “ni idea”, en completo silencio.

Intermedio.

Bebidas. Alcohol. Helados. Marihuana.

Baño.

Butaca, sillón, silla, colectivo, o lo que sea.

Fin del intermedio.

- Te cuento un cuento que se me ocurrió? – le preguntó el joven a su amigo.

- Bueno.

El clima seguía siendo serio.

- Se trata de un pibe que tiene problemas con los sueños, y con ciertas manías. En realidad, está medio loco como yo. La cuestión es que de casualidad o causalidad se compra uno de esos “Atrapa Sueños”.

- A-há. – acotó Alejandro, mientras arrollaba con el auto un gato alado.

- Entonces, una noche... o, esa noche, la noche en que - simbolizando con los dedos las comillas - estrena el Atrapa Sueños, surgen varios ruidos extraños en la casa.

- Me aburro. – acotó Alejandro, sobrevolando el auto al ras de la ruta.

- Bueno, La cuestión que se aparecen un montón de monstruos, de todas las putas clases, y persiguen al tipo por toda la casa. En el medio de esto, unos misteriosos fantasmas grises.

- No es un cuento. Es un guión. – acotó Alejandro, atento a la ruta.

- En definitiva: el tipo se salva, los monstruos mueren o desaparecen, y esos fantasmas grises eran los encargados de convertir los miedos en bichos tangibles, para que el protagonista pudiera pisarlos y ...

- ... matarlos. Y que el pibe quede sano, salvo, cuerdo y enterito, para así poder casarse, tener hijos, perros, y morir trabajando. No? – concluyó Alejandro, completamente ácido e irónico.

Un nuevo silencio.

Y el sonido a lo lejos...

El tiempo se detuvo.

Al protagonista le crecieron los bigotes, algunos pelos mal afeitados como barba, unos espesos rulos, una diabólica patilla y unos anteojos de sol ante sus ojos. Mientras que Alejandro quedó como siempre: calvo, barbudo, con lentes de miope, pero con una poderosa camisa rosa floreada de rojo.

Enseguida, el reacio protagonista se pasó al asiento trasero, y se posó en cuerpo y alma sobre la bella chica que escupía su hígado por culpa del balazo en su panza.

Y el sonido de sirenas a lo lejos...

Atrás, la ruta, y los patrulleros de la Policía Estatal de Tammerlane.

Alejandro pisó el acelerador con toda la furia de sus huesos, músculos y arterias, y el auto salió despedido al infinito.

- Hagámoslo. – le pidió el protagonista a la pobre agonizante.

- Pero... qué... decís? – preguntó ella, con sus pocas fuerzas, frunciendo aquel bello ceño.

- Es para volver a sentir.

- Volver... a sentir... qué? De qué estás hablando?!

- Perdí las sensaciones. Tanta presión en la cabeza, tantos miedos, tanta locura, tanta gente, y cada puta calle de este Pueblo de mierda!...

- Oíme!... - gritó enfurecida entre su sufrimiento – No te das cuenta que me estoy muriendo?!!

- Quiero morirme con vos, haciéndolo... - un respiro (o suspiro) – Bien sabés que nos van a cagar a tiros a todos. Es la última vez que nos vamos a ver... - suspiro - ...Melany.

De la mejilla de su chica, rodó una lágrima. La cámara retrocedió para tomar sus ojos, luego su rostro débil pero emocionado. Su hombro, su brazo, su mano, su mano aferrada a la de él, el brazo de él, su hombro, su rostro. Y el rostro del protagonista, con una lágrima que también rodó por su mejilla.

Minutos antes, él, ella y Alejandro, asaltaban un despacho, mientras viajaban por la ruta que los llevaba a las Montañas Del Final De Tammerlane. Producto del asalto, Melany baleada, despachante muerto (tres tiros en la cabeza, según constató el forense de la causa), y obrero herido.

Rato antes de eso, protagonista y amigo, se encontraban en plena fuga del maldito Pueblo de Tammerlane, hacia un lugar donde se iniciara una nueva existencia, un... (posible) Pueblo Nuevo.

Fue cuando se cruzaron con Melany haciendo dedo.

- Entonces, qué decís? – insistió el muchacho, metiendo una mano entre las piernas de su chica (besada un día antes).

Lentamente, los sonidos comenzaron a perderse. Los ojos se dieron vuelta, el exterior se convirtió en vacío, y de golpe la cosquilla... la bendita sensación...

Frotó más. Enseguida surgió un aroma imperceptible, acompañado del fluido que humedecía la tela del jean de la chica.

- Que lástima que no trajiste pollera.

Y ella volvió en sí.

- No puedo olvidarme de mi novio!

Automáticamente, las sensaciones desaparecieron para siempre.

- Mierda! Me acabás de cagar la vida! Puta! – gritó el muchacho, zampándole un cachetazo en la mejilla izquierda.

Giró sobre sí mismo, cambió su estilo por el de siempre (remera, pantalón y peinados cambiantes) y llegó al asiento delantero. Una vez en posición, notó que Alejandro seguía teniendo la camisa floreada.

- Tenemos que darnos cuenta que esto tampoco está pasando.

- Qué mierda fue lo que fumamos? O que tomamos? O que nos inyectamos? – miró a su alrededor, y a través del parabrisas que apuntaba a las siempre lejanas Montañas - Estamos muertos?

- No sé lo que está pasando. No me importa ni me interesa. Solamente sé que Melany no existe, ni el asalto, ni la fuga a las Montañas del Final de Tammerlane.

Alejandro clavó los frenos, ahora sí vestido con su chomba y los pantalones cortos de siempre. Volteó a los ojos de su amigo, y lo señaló con el índice, directo a la nariz:

- La fuga existe!

- No sé por qué estamos acá? – desesperado, volteándose, volviéndose – No entiendo!... En el medio de una ruta, con policías que nos siguen en sus patrulleros... y vos frenado, idiota!

Alejandro pisó el acelerador.

- No existe nada, no ves? – dijo Alejandro, con intensa angustia, una angustia teatral. – No existe Melany! No existen las armas, no existe la plata que robamos, ni el cambio de ropa... pero la policía sí que existe.

- Existe porque nunca dejó de ser una fuga!

- Afuera de Tammerlane, amigo... – dijo apasionado. – Afuera de Tammerlane vas a encontrar el sentido a los sentidos, y es ahí cuando ellos van a volver... Afuera está la verdad...

El protagonista se abrazó con Alejandro, y ahora sí, unidos en amistad, continuaron el viaje, la fuga hacia el Resto del Universo de los Sentidos, sin mirar hacia atrás.

- Se puede... se puede... se puede... se puede... se puede... se puede... - se dijo el protagonista una y otra y otra vez, mirando a un lado por la ventanilla, hacia el desértico paisaje.

Se podía vencer a la policía, se podía llegar a la frontera, y por sobre todo, se podría encontrar algo más allá de Tammerlane.

Se volvió a su compañero.

- Se puede... se puede... se puede... se puede... se puede... se puede... - le dijo. Acto seguido, rompió la ventanilla de un cabezazo. – Se puede volar!!

Extendió sus manos al exterior, al aire, a la ruta y la adrenalina, y pensó en el Super Héroe que se le ocurriera (justamente ése, el de capa roja!), y creyó volar.

Y despegó al aire, al cielo y Cielo. Se entregó a las almas, y ellas lo abrazaron en recuerdos del pasado.

El paraíso a un lado, y allá abajo, Tammerlane... la ruta, el auto.

Los recuerdos de una vida de fugas, los asaltos, los hoteles, el dinero, las cervezas y las drogas.

- Compañero de aventuras, allá vuelvo!!! – dijo con melancolía, y se encontró sentado junto a su amigo, huyendo de la policía.

- Ves?! Lo ves?! Vos tampoco podés olvidar! Esto nos mantiene vivo! Eso es lo que nos trae de vuelta! – le dijo a su amigo.

- “Volar”. – concluyó.

Un segundo después, los frenos se clavaron un segundo antes que las ruedas delanteras del auto pisaran el borde del precipicio.

- Estamos cagados.

- Nadie avisó que había un precipicio entre Tammerlane y las Montañas.

- Tenemos que hacer algo. La policía está llegando. – dijo Alejandro, con el tono de un actor de serie de acción de la tevé.

- Pará! No te emociones! Y que no se te cruce por la cabeza darme la mano y acelerar. Lo vi en una película y me pareció dramáticamente al pedo!... Si queremos vivir, tenemos que enfrentar lo que sea.

- De qué estás hablando?! – preguntó Alejandro, adivinando.

- Lo mejor va a ser entregarnos. Esta droga nos llevó a una dimensión de accidentes, asaltos, muerte. Para peor, tratando de salir de Tammerlane.

- Pero nosotros queremos salir de Tammerlane!

- Ya lo sé, Alejandro! Ya lo sé! Pero vamos a tener que intentarlo más adelante, y de una forma más serena.

- Cuánto hace que empezó todo esto?

Bajaron del auto y alzaron las manos.

Frente a ellos, los patrulleros avanzaron por la carretera a toda velocidad, levantando inmensas polvaredas. Uno de ellos arrolló a un casual conejo.

- La pasamos bien.

- Seguro.

Los coches se detuvieron a una distancia precavida, y enseguida, todos los policías se bajaron para apuntar con sus negras armas.

- No! No mires atrás. – advirtió el protagonista a Alejandro, cuando éste estaba por voltearse a las Montañas. – Ya vamos a tener oportunidad de verlas de frente. – volteó a la policía - Lo confesamos! Nosotros fuimos lo de los asaltos. – y guiñó el ojo a su amigo, para finalmente susurrarle: - ... así nos dan menos condena.

- Qué asaltos?! – preguntó el comisario.

Ambos amigos se miraron.

- Es broma? – preguntó Alejandro, aterrado por la intriga.

- Será por lo del Pastorcito Chirombino? – se preguntó el protagonista.

- Ya me imagino... - concluyó Alejandro, esperando las palabras claves.

- VACÍEN SUS BOLSILLOS! – gritó la Ley.

Y en los bolsillos, los cuchillos.

Rendido, el protagonista sí pensó en mirar hacia atrás. Si lo haría, podría encontrarse con el reflejo de su autodestrucción. Pero lo dudó. Las sensaciones se consiguen avanzando, mirando hacia delante...

Cuando subió al patrullero en calidad de detenido, supo que para llegar al final de Tammerlane, no hacía falta desafiar a ningún corazón. Tan sólo vivir.

Y en la libertad de vivir, las sensaciones.

A TODOS AQUELLOS QUE SE PIERDEN DE MIRANDO POR LA VENTANILLA DE SU VIAJE, DISTRAYÉNDOSE DE LO QUE OFRECE EL PARABRISAS DE ADELANTE.

FIN